

Capítulo 6: El silencio

24 en., 25 may., 24 sept.

¹Hagamos lo que dice el Profeta: *Yo dije: guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua; puse un freno a mi boca, enmudecí, me humillé y me abstuve de hablar aun cosas buenas (Sal 38 [39],2-3)*. ²El Profeta nos muestra aquí que si a veces se deben omitir hasta conversaciones buenas por amor al silencio, con cuanta mayor razón se deben evitar las palabras malas por la pena del pecado.

³Por tanto, dada la importancia del silencio, rara vez se dé permiso a los discípulos perfectos para hablar aun de cosas buenas, santas y edificantes, ⁴porque está escrito: *Si hablas mucho no evitarás el pecado (Pr 10,19)*, ⁵y en otra parte: *La muerte y la vida están en poder de la lengua (Pr 18,21)*. ⁶Pues hablar y enseñar le corresponde al maestro, pero callar y escuchar le toca al discípulo.

⁷Por eso, cuando haya que pedir algo al superior, pídase con toda humildad y respetuosa sumisión. ⁸En cuanto a las bromas, las palabras ociosas y todo lo que haga reír, lo condenamos a una eterna clausura en todo lugar, y no permitimos que el discípulo abra su boca para tales expresiones.

“Las enseñanzas de los santos Padres” (RB 73,2)

Ignacio de Antioqía (+ hacia 117), Carta a los Efesios

“Es mejor callar y ser que hablar y no ser. Es bueno enseñar si el que habla lo practica. Ahora bien, hay un único maestro que dijo y fue. Asimismo, lo que hizo callando es digno del Padre. El que posee de verdad la palabra de Jesús puede también escuchar su silencio para ser perfecto, para que obre por lo que habla y sea conocido por lo que calla. Nada pasa desapercibido al Señor; por el contrario, nuestros secretos le son cercanos. Hagamos, pues, todo con la conciencia de que Él habita en nosotros, para que seamos templos suyos, y Él sea en nosotros nuestro Dios, tal como, en efecto, es y tal como aparecerá ante nosotros. Por ello justamente le amamos” (15).

Clemente de Alejandría (+ hacia 215), Protrepitico

“Juan, el heraldo del Verbo, exhorta a estar preparados para la venida de Dios, de Cristo, y esto era lo que insinuaba el silencio de Zacarías, porque esperaba con paciencia el fruto precursor de Cristo (cf. Lc 1,20 ss.), para que la luz de la verdad, el Verbo, resolviera el silencio misterioso de los secretos proféticos, y lo transformase en buena noticia” (10,1).

Pacomio abad, Reglas

“Cada uno de los prepósitos enseñará a los miembros de su casa cómo deben tomar sus alimentos, con disciplina y modestia. Si alguno habla o se ríe durante las comidas, hará penitencia y será reprendido al instante en su mismo lugar. Se pondrá de pie y permanecerá parado hasta que se levante alguno de los otros hermanos que están comiendo” (*Preceptos* 31).

“Si en la mesa se tiene necesidad de alguna cosa, nadie tendrá el atrevimiento de hablar; antes bien, mediante un sonido hará señal a los que sirven” (*Preceptos* 33).

“Si te levantas de la mesa, no hablarás al regresar, hasta que hayas vuelto a tu lugar” (*Preceptos* 34).

“Durante el trabajo los hermanos no proferirán ninguna palabra mundana; meditarán en las cosas santas o, al menos, guardarán silencio” (*Preceptos* 60).

“No se irá a lavar la ropa si no ha sido dada la orden para todos; seguirán a su prepósito; el lavado se realizará en silencio y ordenadamente” (*Preceptos* 68).

“Hablemos ahora de los panaderos. Cuando viertan el agua en la harina y cuando amasen la pasta, nadie hablará a su vecino. Por la mañana, cuando transporten los panes sobre las planchas al horno y a los fogones, guardarán el mismo silencio y cantarán salmos o pasajes de la Escritura hasta que hayan acabado su trabajo. Si tienen necesidad de alguna cosa, no hablarán, sino que harán una señal a los que pueden suministrarles aquello de que tienen necesidad” (*Preceptos* 116).

San Basilio, Regla (versión latina de Rufino)

«Pregunta: ¿Es bueno callar totalmente?»

Respuesta: El silencio y la taciturnidad son buenas cuando se adaptan a las personas y al tiempo, según nos lo enseña la Sagrada Escritura que dice una vez: *El que comprende, en aquel tiempo callará, porque es tiempo malo (Am 5,13)*. Y otra vez: *Puse una custodia a mi boca cuando el pecador se levantaba contra mí. Enmudecí, me humillé y no hablé de cosas buenas (Sal 38 [39],2-3 LXX)*. Y en otro lugar: *Si otro que está sentado tuviera una revelación, calle el primero (1 Co 14,30)*. Y de nuevo: *Sus mujeres, que callen en las asambleas (1 Co 14,34)*. En otra ocasión se dice a los que tienen una lengua desenfrenada: *No proceda de su boca ninguna palabra mala, sino una palabra buena para edificación de la fe (Ef 4,29)*. Ciertamente la taciturnidad es necesaria hasta que desaparezcan los vicios de la lengua y la temeridad de las palabras, y se aprenda a hablar oportunamente, a su tiempo y provechosamente, como está escrito: *Que su palabra esté sazónada con sal para que dé gracia a los que escuchan (Col 4,6; Ef 4,29)*» (Cuestión 136).

«La templanza reprime también la risa inmoderada, pues es signo de intemperancia reír con gestos groseros y desordenados cuando en realidad se debe indicar la alegría de la mente solamente con una sonrisa. Es indecoroso reír estrepitosamente, y eso suele sucederles por la intemperancia de la mente aun a los que no lo quieren. Estas cosas suelen también enervar y debilitar la gravedad y la constancia del ánimo, por eso dice Salomón: *La risa es locura (Qo 2,2 LXX)*, y: *Como el chisporrotear del fuego bajo la olla, tal es la risa de los necios (Qo 7,6)*, y de nuevo: *El necio en la risa levanta la voz; el sabio sonríe calladamente (Si 21,20)*. El Señor muestra en sí mismo que era necesario que estuviera sometido a algunas pasiones de la carne, a aquellos (afectos) que son un indicio de virtud, como el cansancio, el llanto y la tristeza; pero nunca ha hecho uso de la risa; ateniéndonos al menos a lo que narra el Evangelio, más bien sabemos que lloró respecto de aquellos que ríen, (cuando) dice: *¡Ay de ustedes que ahora ríen, porque llorarán! (Lc 6,25)*.

Pero no debe llamarnos a engaño la semejanza en el sonido de la palabra risa; es costumbre en la Escritura algunas veces llamar risa a la alegría del alma y al sentimiento de gozo, como allí donde dice Sara: *Dios me ha hecho reír (Gn 21,6)*, y también: *Bienaventurados los que ahora lloran, porque reirán (Lc 6,21)*. Y asimismo se dice en Job: *La boca de los sinceros se llenará de risa (Jb 8,21)*; en todos estos casos la palabra está para indicar el gozo del alma. Por tanto, al que está libre de toda pasión, y no hace nada llevado por los estímulos del placer, sino que se esfuerza con templanza y sobriedad por evitar todo lo que pueda causar daño, a éste lo consideramos perfectamente temperante; quien (es) así sin duda está libre de todo género de pecado. Porque el placer es el anzuelo de todos los males, y por él todos somos conducidos con engaño al pecado. El que se desprende y se aparta de él, aleja de sí el pésimo germen de todo pecado (Cuestión 8,26-37).

«Pregunta: ¿Qué palabras hacen que un discurso sea ocioso?»

Respuesta: En general toda palabra que no es útil para alguna gracia de la fe de Cristo, es ociosa, y es tan grande el peligro de tal palabra que, aun si parece bueno lo que se dice, no contribuye a la edificación de la fe; el que ha hablado no evitará el peligro, por buena que parezca la palabra que dice, y por lo mismo que la palabra pronunciada no aprovecha a la edificación, contrista al Espíritu Santo de Dios. El Apóstol demuestra esto claramente diciendo: *No salga de su boca ninguna palabra mala; pero si tienen un palabra buena para la edificación de la fe, díganla para el bien de los que escuchan (Ef 4,29)*, y sobre esto añade: *No contristen al Espíritu Santo de Dios en el cual han sido sellados para el día de la redención (Ef 4,30)*; ciertamente no podría existir ningún mal más grave que éste» (Cuestión 40).

Apotegmas de los Padres

«El abad Arsenio, cuando todavía estaba en Palacio, oró al Señor diciendo: “Señor, condúceme a la salvación”. Y escuchó una voz que le dijo: “Arsenio, huye de los hombres y te salvarás”. Una vez incorporado a la vida monástica, oró de nuevo con las mismas palabras. Y escuchó que la voz le decía: “Arsenio, huye, calla y practica la *hesyquia*; estas son las raíces para no pecar”» (*Vitae Patrum* V,2,3).

«El abad Macario el mayor, decía en Escete a los hermanos: “Después de la misa en la iglesia, huyan, hermanos”. Y uno de ellos le preguntó: “¿Padre, dónde podemos huir más lejos de este desierto?”. El abad puso su dedo en la boca y dijo: “De esto, les digo, que tienen que huir”. Y él entraba en su celda y cerrando la puerta se quedaba solo» (*Vitae Patrum* V,4,27).

«Un día el abad Sisoés decía con *parresia*: “Créeme, hace treinta años que no ruego a Dios por mis pecados, sino que le digo en mi oración: ‘Señor, Jesucristo, defiéndeme de mi lengua’. Pero hasta ahora, caigo por causa de ella y cometo pecado”» (*Vitae Patrum* V,4,39).

«El abad Sisoés decía: “Nuestra verdadera vocación es dominar la lengua”» (*Vitae Patrum* V,4,44).

«El abad Hiperequio decía: “Es mejor comer carne y beber vino que comer la carne de los hermanos murmurando de ellos”» (*Vitae Patrum* V,4,50).

«Decía también el abad Hiperequio: “Que tu boca no pronuncie palabras malas, porque la viña no tiene espinas”» (*Vitae Patrum* V,4,51).

«Decía el abad Pastor: “Es hombre aquel que se conoce a sí mismo”. Y añadió: “Hay personas que parecen guardar silencio, pero su corazón condena a los demás. En realidad están hablando sin cesar. Otros hablan desde la mañana hasta la noche y sin embargo guardan silencio”. Esto dijo, porque él nunca hablaba más que para provecho de los que le oían» (*Vitae Patrum* V,10,51).

«Un hermano preguntó al abad Pastor: “¿Si veo una cosa, crees que debo decirla?”. El anciano le respondió: “Escrito está: *El que responde antes de escuchar se busca necesidad y confusión* (Pr 18,13). Habla si te preguntan. Si no te preguntan calla”» (*Vitae Patrum* V,10,58).

«El abad Hor decía a su discípulo: “Cuida de no traer a esta aldea ninguna palabra profana”» (*Vitae Patrum* V,20,8).

Juan Casiano

«Si oyes hablar de un desobediente, contumaz o detractor o de alguien que se conduce de manera diferente a lo que te ha sido enseñado, no te escandalices ni te dejes arruinar imitando tal ejemplo. Pasa a través de todo, como un sordo que no oye nada de eso. Si a ti o a algún otro se le hacen ultrajes o se le han inferido injurias, permanece inmóvil y como un mudo escucha sin responder según la ley del talión, cantando siempre en tu corazón este versículo del Salmista: *Yo me dije: “Atenderé a mis caminos, para no pecar con mi lengua; pondré un freno a mi boca mientras el impío esté frente a mí”. Y quedé silencioso, mudo; callé aún el bien* (Sal 38 [39],2-3)» (*Instituciones*, IV,41,2).

Regla de los Cuatro Padres

“Si durante la reunión de los hermanos hubiera alguna colación sobre la Sagrada Escritura y él tuviera conocimientos sobre este tema, no se le permita hablar, a menos que hubiera recibido orden del que preside” (4,13).

Segunda Regla de los Padres (hacia 426-428)

“También esto debe observarse: que no se perjudiquen mutuamente con conversaciones vanas, sino que cada uno se dedique a su trabajo y a su meditación y *tenga su pensamiento puesto en el Señor* (Sal 54 [55],23). En las reuniones de toda la comunidad, ninguno de los jóvenes hablará sin ser interrogado. Por lo demás, si alguno desea ser reconfortado o escuchar una palabra en privado, que busque el momento oportuno” (vv. 11-13).

“En la asamblea donde hay lecturas, tengan siempre el oído atento a las Escrituras y observen todos el silencio” (v. 39).

Regla Oriental (hacia el año 515)

“Los hermanos no dirán nada profano mientras trabajen, sino meditarán sobre aquellas cosas que son sagradas o guardarán silencio” (5).

“Cuando se dispongan a dormir no hablarán entre sí” (8,1).

“Deberán tener cuidado de no causarse daño entre sí por murmuraciones insignificantes y no dejar que una negligencia dé paso a la destrucción” (22,4).

Regla de Macario (hacia 535?)

“Tengan siempre el oído (atento) a las Escrituras y observen todos el silencio” (15,8).

“En la mesa, especialmente, nadie hablará, excepto el que preside y aquel que fuera interrogado” (18,1-2).

Regla del Maestro

Capítulo 8

Pregunta de los discípulos: Cualidades y límites de la taciturnidad de los discípulos

Responde el Señor por el Maestro:

¹La máquina del género humano es nuestro humilde cuerpo. ²Y siendo bajo de estatura y en algunos hombres, especialmente altos, apenas si emerge un metro y medio sobre la tierra. ³-¡Oh vanidosa jactancia la del hombre vivo! (Sal 38 [39],6: Vg.)-, ⁴en esa su insignificancia piensa *medir* con su sabiduría *la altura del cielo y la anchura de la tierra* (Sf 1,2). `De aquí que, conociendo nuestra condición de seres deplorables *modelados de la arcilla del suelo* (Gn 2,7), especie de gleba temporalmente erecta sobre la tierra, para recaer nuevamente en el surco humillados, pues, como el polvo procedente de la tierra, digamos lo que somos.

⁶Digamos, para empezar, que la carne de nuestro humilde cuerpo es una especie de casa para el alma, afecta al ministerio del alma, como la vaina sirve a la espada. ⁷En

cuanto a la sede del alma, creemos estar emplazada en la raíz del corazón. ⁸Esta raíz posee en el cuerpo dos ramas supremas, más vulnerables al pecado: ⁹una, mediante la cual creemos que, el alma mira desde dentro a través del muro del cuerpo, por esa especie de ventanas que son las órbitas de los ojos, y nos damos cuenta de cómo, desde el interior, invita constantemente a sus propias concupiscencias; ¹⁰la otra rama, mediante la cual el alma hace resonar en nosotros los conceptos alumbrados en el corazón, dándolos a luz mediante la expresión oral, de modo que, saliendo por la puerta de la boca, se apodere del ajeno oído. ¹¹Y todo cuanto se agita y se mueve en nosotros, es obra del alma en el cuerpo.

¹²Ésta es la razón de que, inversamente, al emigrar el alma de su domicilio, cese en el hombre muerto toda aquella actividad, que el alma operaba en el viviente, del que emigró. "E inmediatamente, muerta su gleba de tierra, recobrando su calidad de tierra la tierra que el hombre es, sepultado el hombre en el sepulcro y cubierta la fosa, la tierra vuelve a recuperar su condición de pavimento; ¹⁴de suerte que entonces se pone de manifiesto que una misma es la tierra en el hombre vivo y la que se mantuvo erguida por el vigor del alma y participó temporalmente de esta vida de peregrinación. ¹⁵Por eso, ausente de nosotros el vigor del alma, no puede mantenerse en pie la tierra de nuestro cuerpo, ¹⁶sino que, recuperando su naturaleza, la tierra esconde en su seno la criatura que había engendrado.

¹⁷Así pues, si esta alma produce en nosotros la visión de los ojos, el discurso oral y la audición de los oídos, ¹⁸y desea -en previsión del futuro examen de su Hacedor- obedecer la voluntad de Dios y militar, mientras vive, bajo sus órdenes, ¹⁹ha de cerrar a sus concupiscencias las ventanas de sus ojos, y bajar la mirada, fijándola en tierra, ²⁰para no ver el mal, y al abajar nuestra vista, el alma no codicia todo lo que alcanzare a ver.

²¹Tiene, además, nuestra alma una puerta concreta: la boca; y una cerradura: los dientes, que ella puede cerrar a las conversaciones perversas, de suerte que al alma no le cabe excusarse diciendo que el Hacedor se olvidó de proveerla de una sólida guarda. ²²Es decir, que cuando un pecado surgiere de la raíz del corazón y se apercibiere de que la clausura del muro exterior -léase, la boca y los dientes- le deniega la salida, ²³regresando nuevamente a la raíz del corazón, fenecerá allí abortado, *y estrellado como un niño contra la peña* (cf. *Sal 136 [137],9*), antes que, naciendo por medio de la lengua, crezca para la pena.

²⁴Existen otras ramas de nuestro cuerpo, que están a las órdenes del corazón, fácilmente desviables del pecado, tales como el tacto de las manos, el caminar de los pies, ²⁵pues la prisión y las cadenas contienen al ladrón, el terror de la sentencia refrena al homicida y los grillos retienen al fugitivo.

²⁶Son, pues, aquellas tres facultades supremas -a que antes nos hemos referido- sobre cuya custodia con más cautela han de velar los hermanos, esto es, el pensamiento, la palabra, la mirada. ²⁷E1 pensamiento: enseguida que un mal pensamiento cautivare la mente, trazando al momento los hermanos la señal de la cruz sobre su frente o sobre el mismo pecho, centrarán su memoria en los preceptos de Cristo. ²⁸Y dígame a sí mismo el hermano con el profeta: *Recordando a Dios, quedé consolado* (*Sal 76 [77],4; 118 [119],52*). ²⁹Y repítase a sí mismo: *Fiado en ti me meto en la refriega, fiado en mi Dios asalto la muralla* (*Sal 17 [18],50*).

³⁰Y si la negligencia pusiere en la boca una palabra iracunda, perversa o vana, inmediatamente, cerrando la boca y trazando sobre ella la señal de la cruz, háblese a sí mismo el hermano en el fondo del corazón, ³¹diciéndose con el profeta: *Yo me dije: vigilaré mi proceder, para que no se me vaya la lengua; pondré una mordaza a mi boca. Guardé silencio resignado y no hablé ni de cosas buenas* (*Sal 38 [39],2-3; Vg.*). ³²Es

decir, muestra el profeta que si a veces por razón del silencio, debe uno abstenerse de conversaciones buenas, icon cuánta mayor razón debe evitar las malas por la pena del pecado! ³³Así que -aun tratándose de conversaciones buenas, santas y edificantes-, dada la gravedad del silencio, concédase rara vez permiso para hablar a los discípulos perfectos. ³⁴ Por lo que a otro tipo de conversaciones se refiere, los hermanos no interrogados permanezcan en silencio, hasta tanto que una pregunta del abad hubiere aflojado el freno de su boca silenciosa.

³⁵El motivo por el que los hermanos han de cultivar asiduamente el hábito del silencio, es porque en el mucho charlar no faltará el pecado (Pr 10,19). ³⁶Por lo cual, muerte y vida están en poder de la lengua (Pr 18,21). ³⁷Y en efecto: hablar y enseñar compete al maestro; callar y aprender conviene al discípulo.

Capítulo 9

Pregunta de los discípulos: Con qué orden, guardando si, podrán hacer algunas preguntas al abad.

Responde el Señor por el maestro:

¹Como quiera que el freno del silencio constriñe al discípulo así en las malas como en las buenas conversaciones, y las puertas de sus posibles abusos están rigurosamente vigiladas por la presencia del maestro, ²si les ocurriere plantear algunas preguntas sugeridas por la improrrogable utilidad de todos, ³con la boca todavía cerrada y tácitamente sellada con el sello de la gravedad, puestos de pie ante el mayor con la cabeza humildemente inclinada, abran en silencio la boca con la llave del «Bendice». ⁴Que si al primer «Bendice» que se dice para pedir la palabra, no respondiera todavía el maestro dando su permiso, ⁵repitiendo la inclinación de cabeza y contentándose con repetir el «Bendice», pídase nuevamente al abad autorización para hacer uso de la palabra. ⁶Que si ni aún así obtuviere respuesta, inclinándose humildemente el discípulo como antes, entonces, finalmente, retírese ya el hermano, ⁷para no parecer al abad pesado o desconsiderado. ⁸Y reintegrándose a su trabajo, continúe desempeñando su papel de mudo, ⁹de suerte que en su silente humildad, piense que el abad le ha juzgado indigno de hablar; ¹⁰o también puede pensar el discípulo que, si no le han abierto la clausura de la taciturnidad, ha sido para poner a prueba y calibrar su humildad.

¹¹Si hemos dicho que la segunda vez se ha de repetir únicamente el «Bendice», es para que, al ser solo y sin otra palabra alguna, se conserve la taciturnidad largamente observada; ¹²y al repetirlo nuevamente y partir a continuación, caso de que el abad no autorizare a hablar, se comprueba que todavía subsiste la humildad probada. ¹³La razón de repetir el discípulo su demanda al maestro, ¹⁴aparte de que su persistente mutismo pueda ser una táctica de prueba espiritual orientada a comprobar la humildad del discípulo-, ¹⁵es para evitar que, estando su mente ocupada por preocupaciones de orden temporal y su mirada distraída por otras ocupaciones, no desatienda, por inadvertencia, la súplica del discípulo; ¹⁶y también para que, mediante una excesiva e inoportuna humildad, ponga al mismo maestro en el disparadero de la ira, ¹⁷y la humildad del inoportuno hermano sea tachada de provocar el mal del escándalo.

¹⁸Éste es, pues, el motivo por el que hemos dicho que después de haber pedido por segunda vez permiso para hablar, no convenía repetir la solicitud una tercera vez si el superior rehusare darse por aludido, ¹⁹sino que el discípulo ha de retirarse inmediatamente y reasumir, en silencio, el trabajo que estaba haciendo.

²⁰Esta manera de preguntar mediante el «Bendice», que es prácticamente la única forma de abrir brecha en la taciturnidad, los discípulos la utilizarán mediante una reverente inclinación de cabeza. ²¹Es decir que, en todo lugar y a todas horas, esto es, en el monasterio, en el campo, de viaje, en la huerta o en cualquier otro lugar, ²²nunca esté ausente de nuestra mente la memoria de Dios, por quien se hace todo esto. ²³De forma que si un espectador ignaro planteara a semejante hermano esta pregunta: «¿Por qué estás callado y triste, y andas con la cabeza gacha?», ²⁴le responderá: «Porque huyo el pecado y temo a Dios, y para ponerme al abrigo de todo lo que Dios odia: por eso velo siempre solícito sobre mí mismo». ²⁵Cuando esté sentado a la mesa, si alguien deseara intimar al abad su deseo de hacerle alguna pregunta, ²⁶antes de pronunciar el aludido «Bendice», un golpe con el cuchillo, la cuchara o el pan servirá de señal al maestro de que un discípulo pide la palabra.

²⁷Si hemos determinado tutelar estas cosas necesarias al alma por causa de Dios, decretando una clausura de silencio tan rigurosa, ²⁸es para no ser tan fácilmente engañados por el olvido, ni nos mostremos siempre precipitados en el hablar. ²⁹Pues mientras, mediante la clausura de la boca, se mantiene a raya la taciturnidad, hay posibilidad de reflexionar largamente y depurar en el corazón, lo que luego sea dado proferir al exterior limpio y sin pecado, ³⁰como dice el apóstol: *Malas palabras no salgan de la boca de ustedes; lo que digan sea bueno y constructivo (Ef 4,29)*. ³¹Y de nuevo dice una escritura: «El sabio se da a conocer por la sobriedad [en las palabras]» (Sexto, *Enchiridion* 145). ³²Y si debemos temer y guardarnos en todo momento del mucho hablar, ³³es sobre todo porque no es posible que entre muchas palabras no se nos escapen algunas pecaminosas, ³⁴según dice la Escritura: *En el mucho charlar no faltará el pecado (Pr 10,19)*. ³⁵Por eso, también el profeta, dándonos ejemplo, se nos muestra solícito al respecto y nos dice que es necesario abstenerse de conversaciones tanto malas como buenas, ³⁶al afirmar: *Yo me dije: vigilaré mi proceder, para que no se me vaya la lengua; pondré una mordaza a mi boca. Guardé silencio resignado, y no hablé ni de cosas buenas (Sal 38 [39],2-3; Vg.)*. ³⁷En otras palabras: se le muestra al discípulo perfecto que ha de abstenerse de conversaciones, tanto malas como buenas, ³⁸porque aun cuando haya que decir palabras buenas, la doctrina compete al maestro y no a los discípulos. ³⁹Pues, como asimismo dice la Escritura: *Muerte y vida están en poder de la lengua (Pr 18,21)*. ⁴⁰Habrà, pues, que controlarla ampliamente, con diligencia y justamente.

⁴¹Con razón, pues, se prescribe la observancia de este tan riguroso control de la taciturnidad a los perfectos, puros de corazón y limpios de pecado, a los que temen el fuego perpetuo de la gehenna y a los que buscan las inmortales riquezas de la vida eterna. ⁴²Así que, en presencia del abad, los discípulos no han de hablar a menos de ser preguntados. ⁴³En cambio, en su ausencia, si se trata de la palabra de Dios, pueden hablar entre sí, pero calmosa y humildemente, ni en voz alta, pues toda locución calmosa procede de la humildad. ⁴⁴Si por el contrario, iniciaren los discípulos una conversación de temas intrascendentes o profanos, o de cualquier otro tema sin referencia a Dios, impongan inmediatamente silencio los prepósitos. ⁴⁵En cuanto a los salmos y a las Escrituras, al margen de las tres horas diarias asignadas fuera del trabajo, permítase a los hermanos que se las vayan repitiendo de memoria mientras trabajan.

⁴⁶Esta tan severa clausura de la taciturnidad, en presencia del abad, la hemos prescrito más arriba pensando en los que son perfectos ante Dios, ⁴⁷en aquellos que nunca se dejan sorprender por el olvido de Dios y buscan diligentemente la manera de precaverse contra los vicios de la boca, para ser totalmente puros como los ángeles, y se preocupan de abstenerse, en atención al Señor, tanto de las buenas como de las malas conversaciones. ⁴⁸Pero como quiera que la gracia que nos ha sido dada según la medida de la fe (cf. *Ef 4,7*) es diversa y puede hallarse disminuida principalmente en los negligentes, hacemos esta concesión en atención a los tibios, a los imperfectos y a

aquellos que no se cuidan demasiado de sí mismos: ⁴⁹si desean preguntar algo sobre temas profanos -no pecaminosos, por supuesto-, que no contribuyen a la edificación espiritual, no se tomen la libertad de hablar sin antes haber pedido la bendición y obtenido autorización para ello; ⁵⁰pero si desean hacer alguna pregunta de tema espiritual, el discípulo deberá hablar inmediatamente después de pedir la bendición.

⁵¹En cuanto a las bufonadas o palabras ociosas o que exciten la risa las condenamos a perpetua reclusión y no permitimos que el discípulo abra la boca para tales expresiones.

Comentario del P. Adalbert de Vogüé, osb¹

Esta virtud es tratada por Benito más sumariamente que la precedente. De los dos largos capítulos de su predecesor sobre el silencio, sólo reproduce el último párrafo del primero (RB 6,1-6) y la primera frase del segundo (RB 6,8), todo el tema superior – discípulo lo resume en algunas palabras (RB 6,7). En total, el texto benedictino representa menos de la décima parte de aquel del Maestro.

Para comenzar Benito suprime una exposición general de antropología y ascesis, donde el dominio de las miradas y de los pensamientos precede al de las palabras. Conservando únicamente esta última parte, comienza de modo abrupto con una cita sálmica (*Sal* 38 [39],2-3), que será seguida por dos de los *Proverbios* (*Pr* 10,19; 18,21). La conclusión del primer capítulo del Maestro cierra ese primer párrafo de Benito (RB 6,1-6).

Nuestros autores distinguen entre palabras buenas, de las que el Salmista dice que se abstiene, y malas. Aunque el ordenamiento del texto, tanto en Benito como en el Maestro, deja que desear, parece que los motivos del silencio sean para ellos de dos clases. Ante todo hay que evitar el pecado, y por eso hablar poco. En seguida hay que comportarse como discípulo, y por ello callarse y escuchar. La primera motivación es general, la segunda propia de los discípulos “perfectos”. Se reconoce en esta palabra la distinción que el Maestro hacía ya en el capítulo precedente: en materia de silencio como de obediencia, perfectos o imperfectos están sometidos a reglas más o menos estrictas.

Así, la palabra está, en principio, reservada a aquel que enseña. El monasterio, hay que recordarlo, es una escuela: los alumnos escuchan al maestro. La taciturnidad es, por tanto, concebida y motivada de la misma forma que la obediencia. La necesidad de las dos virtudes forma parte de la estructura misma de la sociedad monástica, donde el Señor invisible, está representado por el superior. Por medio de él se escucha a Dios.

“Humildad y respetuosa sumisión”. Estas dos palabras, por medio de las cuales Benito resume casi todo el segundo capítulo (sobre el silencio) del Maestro, asumen un nuevo significado en la RB. En la otra *Regla* la humildad consistía en inclinar la cabeza delante del abad cuando alguien se dirigía a él; y el respeto, callarse en su presencia. Una casuística complicada modulaba esas exigencias según que el discípulo fuese perfecto o imperfecto, hablase de cosas espirituales o seculares, se encontrase en presencia del abad o lejos de él. Benito parece pensar de otro modo. Del plan de gestos y observancias, que valoraba el Maestro, pasa al de las relaciones interpersonales. Aquí, como en el capítulo del consejo (RB 3,4), lo que le preocupa es la total sumisión, humilde y profunda, con la cual el monje debe hablar a su superior. No es cuestión de observar un ritual, sino de custodiar la paz de las almas y el orden de la comunidad.

Evitar el pecado, practicar la humildad: estas dos razones no agotan sin duda el significado del silencio. Otras riquezas forman parte de él, especialmente la posibilidad de dialogar con Dios. Algunos de estos elementos propiamente religiosos aparecerán más adelante en la RB. Contentémonos con subrayar aquí que para Benito la “taciturnidad”, como también para el Maestro, no es sólo el espíritu de silencio, sino la práctica efectiva de este. *Taciturnitas* equivale a *silentium* (RB 42,9).

Tomada del Maestro tal cual, la última frase condena absolutamente las palabras vanas (*Mt* 12,36), y todo lo que, palabras o gestos, conduce a la risa (cf. *Lc* 6,25). Esta doble prohibición, que ya encontramos en un capítulo precedente (RB 4,53), puede parecer

¹ *Ce que dit saint Benoît. Une lecture de la Règle*, Bégrolles-en-Mauges, Abbaye de Bellefontaine, 1991, pp. 68-70 (Collection Vie monastique, n. 25).

severa. A los ojos de los antiguos monjes, ella simplemente proviene del Evangelio. Este punto es uno de aquellos en los que nuestro pensamiento de cristianos y de monjes modernos encuentra una gran dificultad para concordar con el de nuestros Padres, pero del cual también obtiene gran provecho.

Evaluación para el capítulo seis:

Leer en algún diccionario bíblico un artículo sobre el silencio en la Sagrada Escritura, y hacer un resumen como para ser presentado en público.

Apéndice

REGLA DE NUESTRO PADRE SAN BENITO

CAPÍTULO VI

El silencio

MADRE CÁNDIDA CYMBALISTA, OSB

No existe la vida contemplativa sin silencio. Se puede faltar al silencio hasta cuando se lee el diario, una revista o querer estar enterado con avidez, con curiosidad.

El silencio exterior tiene que engendrar un silencio interior, de lo contrario es una neurosis. Otro de los peligros del falso silencio es la incomunicación.

Este capítulo es vital, suprimirlo es matar la vida monástica. El capítulo VI se conecta con el capítulo VII, “La humildad”, porque los grados de humildad son grados de silencio y de obediencia.

Para oír a Dios hay que hacer silencio y oír el gran silencio de Dios y su palabra dicha con suavidad.

El silencio que busca el silencio es una neurosis. La neurosis es el máximo ruido interior. Al verdadero silencio no le molestan los ruidos exteriores. En el monasterio hay que tener cuidado de los dos extremos: la verborragia del monólogo con la imagen que se crea de uno mismo, o la verborragia con una fotografía, o con los animales.

El silencio no es un esencial sino es un medio. Lo que es esencial es una vocación de desierto con Dios. La vocación del monje es escuchar la Palabra de Dios en su corazón.

Desde el principio los monjes buscaron la posibilidad de ponerse en contacto con la Palabra de Dios y buscaron ámbitos de silencio, a pesar de verse rodeados de gente.

Lo que deteriora el desierto no es la presencia de otras personas sino la falta de silencio. El silencio no es una ausencia de palabras sino que su fin es un diálogo con Dios.

Nadie puede hablar bien sin una pausa previa de silencio. Debe haber grandes lapsos de **no** hablar para entrar en una vida de silencio pues, como dijimos, esto es esencial para la escucha de la Palabra de Dios.

Un monasterio que viviera para el silencio sería un monasterio mal enfocado. El silencio no es un fin en sí mismo aunque cada medio es un fin “in fieri” (un fin que está por hacerse). El hecho de que sea un medio, no quita su importancia. Por el silencio se camina a la audición de la Palabra de Dios.

En el cielo no habrá silencio, allí dejan de regir los medios. En el cielo habrá permanentemente cantos, alabanzas, comunicación de amor. La gloria que se cantará en el cielo será “clara notitia cum laude” (claro conocimiento con alabanza)² y ese conocimiento será progresivo. Tampoco habrá soledad. Por eso para san Benito son más importantes los capítulos del Oficio divino que el capítulo del silencio.

Sobre el silencio

²Santo TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología*, I-II, q. 2, a. 3.

El tema del silencio san Benito lo trata en el capítulo 6, en el 42 y en el 7, 56-61 (9º, 10º y 11º grados de humildad).

Silencio es interrupción de todo sonido en sentido amplio. Pero no sólo es eso. En la *Regla* es también ausencia de palabras, que es la expresión convencional de un concepto. Una palabra sin concepto es ruido. Un concepto sin palabra no se coordina con otros conceptos. El niño comienza a pensar cuando comienza a hablar. San Benito habla fundamentalmente sobre la palabra. Hoy la imagen es palabra.

En tiempos de san Benito se hablaba lo necesario, pero el silencio era una institución. Pero más tarde se institucionaliza el hablar en el “recreo”.

En la vida monástica las palabras están en función de la Palabra, y los silencios también. San Benito va a añadir el tema de la risa. La risa es propia del hombre y es una expresión, responde a una sensibilidad que puede ser de gozo espiritual o, al contrario, puede ser irónica. San Benito no suprime la risa sino sólo aquella que responde a la chabacanería.

La gravedad que propone san Benito es la densidad interior de la persona que se opone a la frivolidad y a la grosería. El silencio en san Benito es en el hablar y en el reír, y también gira el tema alrededor de la lengua. Para esto conviene leer la *Carta del Apóstol Santiago*, el capítulo 3. Incluso san Benito legisla sobre las conversaciones buenas. En el fondo se trata de la conversión, porque la palabra arrastra y se liga muchas veces al pecado.

Cuando uno habla mucho, cuando se es hablador, se entra lógicamente en la crítica. La murmuración es la palabra dicha al oído.

El silencio siempre está dirigido a la palabra. En el caso del religioso está dirigido en dos dimensiones:

- 1) la recepción de la Palabra de Dios. Por ejemplo en la liturgia monástica existe la “statio” como preparación silenciosa al Oficio divino;
- 2) evitar los ruidos por respeto al silencio de los demás.

Hay un falso silencio que es el mutismo por el que yo me divido o de Dios o de los demás. Lamentablemente en este silencio se basaron las comunidades religiosas llamándolo “silencio ascético”. Pero el silencio tiene que ser místico y caritativo.

Se trata de una disciplina de la palabra. La palabra nos trasmite el amor y la verdad. En el capítulo 6 de la *Regla* el silencio va dirigido a cuatro momentos del uso de la palabra:

- 1) pedir a otro lo necesario con sobriedad;
- 2) las conversaciones buenas que serán pocas y que no deben llevarnos a pecar;
- 3) las palabras frívolas o mundanas prohibidas absolutamente;
- 4) exclusión total de las conversaciones malas.

La discusión es la perversión del diálogo. San Benito lo ejemplifica en el caso del diálogo superior - monje: hablar y enseñar le corresponde al superior o al maestro, y callar y oír le corresponde al discípulo (en este sentido es bueno leer la Encíclica “*Ecclesiam suam*” del papa Paulo VI, sobre el diálogo). El monje siempre es un discípulo. Y el superior debe saber que siempre debe enseñar.

Sobre las bromas y las palabras ociosas se puede deducir que algo pasó para que san Benito legisle así. Él quiere evitar que el monasterio caiga en la superficialidad donde todo es diversión bulliciosa.

En el **capítulo VII**, vemos relacionados al silencio los grados 9º, 10º y 11º de humildad:

9º: No se trata de reprimirse. El silencio depende de la humildad, y esa virtud de la humildad es la que está detrás del silencio, de lo contrario el silencio es represivo. Se trata de no hablar por hablar.

10º: En esto también entra el tema de la risa, pero pongamos atención, porque si una persona no se ríe nunca hay que llevarlo a un psiquiatra, porque no reír es una enfermedad. San Benito no dice que el monje no se ría nunca sino que no sea de risa fácil, que no se ría de todo. No se prohíbe la risa sino que se pide que la risa sea oportuna y nunca burlona. El humor es sano.

11º: cómo tiene que hablar un monje:

- 1) suave y sin risa, esto significa con seriedad. Se trata de hablar con calma y no con brusquedad;
- 2) humilde y grave: hay que hablar con humildad no buscando dar la nota de que sabe más, o hablar desde una cátedra exponiendo sus conocimientos.

La “grávititas” de san Benito es que lo que se diga sea serio. No hablar de más sino “pocas y juiciosas palabras” (“pauca verba et rationabilia loquatur”).

Hay que tener cuidado con los extremos en la interpretación de la *Regla*. Un extremo sería ignorar los cambios en la historia y en la Iglesia. La legislación de la Iglesia es superior a la legislación de una *Regla* o de una Orden. No se puede volver históricamente hacia atrás.

El otro extremo es la llamada “refundación”, que es ignorar los datos y tradiciones de la fundación de la Orden o Congregación.

Si en el monasterio perdemos de vista el silencio para escuchar la Palabra de Dios en la *lectio* y en la liturgia repitiéndola como una jaculatoria durante la jornada, llenaremos esos silencios con nuestras preocupaciones.

La tradición introdujo el recreo como algo necesario. Se hizo necesario para resguardar el silencio en el resto del día. El recreo está en función del silencio, porque es un lugar donde se habla y se ríe, pero debe ser un recreo adulto.

Valorar el silencio es valorar la palabra. El recreo debe ser un lugar de amor, no debe ser legislado, pero tiene que tener algo en común: la comunicación y la interrelación entre los hermanos. El recreo tiene una doble función: valorar y resguardar el silencio, y elaborar la relación comunitaria. La relación apunta a la comunión, y la comunión lleva a la misión.

El silencio no debe ser represivo sino formativo y teológico. Para esto hay que leer “Vida fraterna en comunidad” (ns. 27 a 34) donde hay dos palabras: “comunicar” y “crecer”, y también “Caminar desde Cristo”, el nº 15.

En la *Regla*, cap.42,3-4 dice: “Si se trata de tiempo en que no se ayuna, después de levantarse de la cena, siéntense todos juntos, y uno lea las *Colaciones* o las *Vidas de los Padres*, o algo que edifique a los oyentes, pero no el *Heptateuco* o los *Reyes*, porque no les será útil a los espíritus débiles oír esta parte de la Escritura en aquella hora. Léase, sin embargo, en otras horas”. Aquí se trata de una lectura extra-litúrgica. San Benito

llena ese tiempo que sería propicio para violar y romper el clima de silencio. Sería una especie de “pre-silencio”. Al mismo tiempo san Benito da instrucciones para esa lectura:

- 1) leer libros de los Padres;
- 2) que edifiquen a los oyentes;
- 3) y tener en cuenta la mentalidad de cada hermano.